

El Truco

Patricio Flores



Capítulo 1

El Truco

—¿Me vas a preguntar algo chiquillo que me miras tanto?

—¿Por qué esta aquí siempre?

—¿Siempre? ¿Me ves en la mañana aquí?

—No

—¿A la hora de almuerzo?

—Ehhh no

—¿En la noche?

—No

—¿Me has visto de madrugada?

—Tampoco

—Entonces no hables huevadas mocoso.

—¿Por qué está aquí todas las tardes?

—Supongo que no tengo otra cosa que hacer

—¿Y su familia?

—No tengo.

—Todos tenemos una.

Después de que dije eso, pareció enojarse. Su cara se arrugó aún más de lo que estaba siempre.

—Suerte la tuya —respondió sin mirarme y me quedé pensando en esa palabra “Suerte”.

No era la primera vez que le hablaba, pero supuse que él lo había olvidado. Fueron 2 ocasiones anteriores. En la primera, me dio unas palabras de aliento cuando después de querer practicar con mis patines viejos en el pasaje, me caí aparatosamente al soltarse una rueda, y justo frente a él, que venía caminando con una bolsa de plástico con pan en su

interior. Aterricé con el trasero en pleno cemento y me arrastré unos centímetros así que me rasmillé los muslos. Estuve tentado de llorar pero me aguanté al verlo.

Con inocencia pensé que me ayudaría a ponerme de pie.

—No te vayas a poner a llorar, mocoso. Ponte de pie y arregla eso —me gritó con esa voz acampada clásica suya.

—Gracias por la ayuda —le lancé sintiéndome humillado.

—Te la acabo de dar —agregó pasando a mi lado con dirección a su casa.

Por extraño que parezca, aunque degradado por el viejo, mis ganas de llorar se habían ido con sus palabras y lo que quedó fueron la rabia y las ganas de arreglar esos malditos patines. Al final no lo conseguí y los guardé en un closet para siempre.

La segunda vez fue en la misma plaza donde estábamos interactuando. El viejo alimentaba a las palomas como si en realidad las odiara pero no tuviera otra alternativa que juntarse con ellas diariamente.

— ¿Me dice la hora, caballero? —alcé la voz frente a él pero a unos aliviadores 4 metros de distancia.

— ¿Te parece que si estoy aquí se qué hora es o siquiera que quiero saberla? —me respondió mirándome con desgano, como si yo hubiese preguntado la cosa más estúpida del mundo. Me fui farfullando maldiciones hacia el viejo pero en el fondo, sintiendo como se acrecentaba el misterio que él suponía para mí a esa edad.

Con el transcurso de los meses, decidí planear mejor mi próxima interacción, de modo de verme y sentirme con más aplomo para enfrentar cualquiera de sus amables respuestas. Así llegué esa tarde, donde me senté sin vergüenza alguna y sin decir palabra a su lado en la banca de siempre.

— ¿Y tú por que estas siempre afuera? —me preguntó de vuelta. —A los 10 años un mocoso como tú debe tener muchas tareas o cosas que hacer.

—12. Tengo 12 años —le corregí poniéndome rojo pero de ira. Estaba en esa etapa de la vida donde odias que te vean como un niño. —Y no siempre estoy afuera tampoco.

—Yo siempre te veo afuera —sentenció. —Ustedes creen que los viejos no vemos nada., cuando en realidad vemos más que nadie.

Tenemos ojos viejos y a veces, algunos, mentes sabias, o al menos capaces de unir puntos aún.

— ¿Y por qué paso afuera entonces según usted?

Uno de esos gallitos desastrosos que se estaban enquistando en esa voz híbrida que estaba saliendo de mí por esa época, salió al vociferar esa pregunta. Recuerdo que el viejo dejó de mirar el suelo del parque y las escasas palomas que se alimentaban de lo que sea que les aventara y posó toda su atención en mí. Antes de que me pusiera demasiado nervioso para sostenerle la mirada, noté que sus ojos eran claros, diría más celestes que azules. Sus pómulos estaban pronunciados en ese delgado, arrugado y huesudo rostro suyo. Su nariz era muy fina y recubierta de una piel muy delgada. Curiosamente me fijé que pese a lo calva de su cabeza, sus cejas oscuras estaban muy pobladas de pelos excesivamente largos, y que de sus grandes y pálidas orejas también resaltaban otro tipo de pelos igual de tupidos. Esa fue la primera vez que noté que desde ahí también podían salir pelos llegado el momento. Lo cierto es que ahora tengo la certeza de que esa era la primera vez que estaba tan cerca de un anciano. Y ello me impresionó tanto como ir al cine o a la playa por primera vez.

— ¡Claudio, ven inmediatamente para acá! —escuché en un grito proveniente del otro lado de la calle.

El viejo miró junto conmigo a esta mujer que acababa de gritar mi nombre desde tanta distancia. La expresión del caballero fue tan vacía que hasta el día de hoy intento descifrar que sintió al escucharla.

—Es mi madrastra, la esposa de mi papá.

—Lo sé —respondió seco el viejo y sin despegar la vista de la mujer.

—Me tengo que ir —aclaré recalcando el tengo.

El viejo escuchó mi explicación y volvió a retomar su pasivo accionar con las aves.

—No me dijo por qué cree que paso en la calle ¿de aburrido? —le pregunté de pie.

—Ojala fuera eso, mocosito ¿no? —añadió desafiante y fue en ese momento donde mi conexión con este hombre quedó clara para mí. Sus palabras me llegaron aunque hasta ahí no dijeran nada.

— ¿Entonces?

—El día en que puedas decirlo tú, quizás ya no le tengas fobia a tu casa —sentenció haciéndome sentir helado. Y así mismo me fui caminando lentamente al encuentro de esa mujer en la reja de mi casa a la que repudiaba desde el primer día que la vi. Después que la pasara en el umbral de la puerta, ella me detuvo agarrándome del brazo y me dijo:

—Pobre de ti que vuelvas a hablar con ese viejo. ¿Acaso no sabes que es peligroso? ¡Éstrate! —me gritó con esa voz chillona que tenía y como si siguiera a 50 metros de distancia. Le hice caso como siempre, percibiendo como ella cerraba la reja de un golpe y sin quitarle la vista al viejo que en la plaza seguía en lo suyo.

Esa tarde mi papá aún no llegaba del turno que le tocó esa semana. Sabía que ella me castigaría, pero prefería estar todo el día fuera de la casa incluso hablando con ese viejo pesado, antes que estar con ella, aun sabiendo lo que me esperaba al volver. Fui un muchacho pasivo, callado y solo. Muy solo. Y eso a ella parecía gustarle.

Los días siguientes fueron un calvario. Ella no me dejó salir de la casa y los castigos fueron constantes. Me pasé el tiempo jugando con mi inocente hermano de 2 años en el living comedor y husmeando por la ventana en dirección a la plaza para ver al viejo siempre sentado en la misma banca, alimentando a las palomas. Él parecía saber algo de mí que quizás ni yo mismo veía y eso me intrigaba como nunca nada antes lo había hecho a mis 12 años. Necesitaba volver a hablar con él.

Por suerte el turno de mi papa cambio 5 días después y eso me sirvió para volver a pasar la tarde en la calle haciendo lo que sea. Como cada tarde, el viejo seguía en su rutinaria actitud. Migas de pan, palomas, postura encorvada, ojos perdidos en el suelo y actitud de pocos amigos. Nada nuevo.

— ¿Qué me quiso decir el otro día? —lo inquirí de entrada.

—Buenas tardes se dice, mocoso ¿Acaso no te enseñan modales? No, ¿Quién? —se contestó como sabiendo a la perfección la respuesta.
—No te conviene acercarte ¿No soy peligroso acaso?

— ¿Lo es? ¿Por qué?

—Piensa en la palabra, en el adjetivo “peligroso”. Ahora piensa en quién lo es para ti.

La respuesta vino en menos de un segundo pero me demoré un par más

en soltarla

—Mi madrastra.

Él parecía saberlo así que no hizo ningún gesto de sorpresa pero meneó sutilmente la cabeza y me miró con detención. Luego volvió a lo suyo. Con eso bastó.

— ¿Es usted como ella? —le pregunté y él dejó de hacer lo que hacía y se tomó más del tiempo que esperaba para mirarme con solemnidad.

— ¿Te parece que soy así?

Yo negué con la cabeza, pero lo cierto es que no tenía idea. Él guardó silencio y sin miedo alguno le sostuve la mirada y lo que vi es algo que hasta el día de hoy no olvido. Mucho menos después de lo que pasaría al final. Vi pena. Con rapidez, el hombre se deshizo de ese estado como dándose cuenta que lo había podido leer y me dijo:

—Para probártelo mocoso, te hare una invitación.

— ¿Invitación? ¿Dónde?

—A mi casa ¿La conoces?

Por un momento sentí que había cosas que siempre se repiten. Por mucho que queramos que no, que pensemos que nos alejamos de ellas, siguen allí y vuelven a nosotros como si fuese el destino que nos tocó, la vida predispuesta para nosotros. Pero había algo más. Una inquietud que no había sentido antes. No era confianza, porque no la había, lo que hacía riesgoso todo, yo a mis 12 años ya lo tenía claro, pero sí una curiosidad imposible de eludir a mi edad. Comprobaría después que fue un momento definitorio en mi vida. Esa decisión que tomé a lo que él me propondría.

—Sí se.

—Te voy a invitar a ver futbol ¿Te gusta?

—Obvio

— ¿De qué equipo eres?

—De la U

— ¡Por la cresta mocoso! —se quejó con exageración. Y antes de

yo le preguntase, agregó:

—Yo soy hincha histórico de la Unión Española. Soy de origen vasco. Es lo más cercano que hay en el fútbol de acá a eso. —y se encogió de hombros en lo más natural que le había visto hacer hasta ese momento.

—Ven mañana a las 7 de la tarde. ¿Sabes donde es?

Asentí.

—No le vayas a decir a tu madrastra.

— ¿Y a mi papá?

Él pensó en la respuesta. Ahora, después de tantos años, se por qué lo hizo.

—Mejor que no le digas a nadie ¿Puede ser?

Volví a asentir y al cabo de unos minutos de su acostumbrada inexpresividad, me fui.

Al día siguiente estuve frente a la reja de su casa diez para las siete. No tenía timbre visible así que tuve que gritar dándome cuenta que no sabía su nombre “¡Aló!”. Varios gallitos salieron en las repeticiones.

—Ya va, muchacho —dijo al salir y acercarse con lentitud a la reja maltrecha que marcaba el inicio de su territorio.

Me hizo pasar primero al antejardín y luego a su casa y cerró la puerta a nuestras espaldas. El lugar era mucho más distinguido de lo que pensaba. Las paredes estaban pintadas de colores pasteles y por todos lados había cuadros e imágenes decorativas de mucha elegancia que le daba a todo un aspecto solemne. Lo que si percibí era un inconfundible olor a encierro. Con ojos inquietos observé su living y noté que las ventanas estaban cerradas pese al calor que hacía en esa época del año y en especial en esa tarde. Un televisor pequeño y antiguo vociferaba las alineaciones de un equipo de fútbol inglés.

— ¿Jugo? Es lo único que tengo —dijo en un tono casi cordial.

—Sí, gracias.

—Siéntate en ese sillón —dijo y al cabo de unos minutos apareció con mi vaso de jugo entre las manos.

—Gracias, señor.

—Segundo es mi nombre, muchacho.

—Gracias Don Segundo.

—Pese a tu origen, si tienes algo de educación —dijo al mismo tiempo que se quejaba al sentarse en su sofá individual.

— ¿Usted conoce a mi papá? ¿A mi familia? ¿A mi madrastra?

—Sí, así es. —respondió con seriedad.

—¿Y qué...?

—Shhh silencio, déjame ver el partido que ya empezó —me interrumpió dirigiendo toda su atención a la TV. Luego de terminado el primer tiempo de ese partido inglés, donde no me atreví a decir palabra alguna, me di cuenta como Don Segundo comenzaba a cabecear superado por el sueño. En un momento fue gracioso verlo hacer esfuerzos inconscientes por erguirse ante las incontrolables ganas su cabeza por desear lo contrario. Imaginé como si dos enanos jugaran con su cabeza como si fuera una pelota que se aventaban de arriba a abajo. Recuerdo que la imagen me provocó una risa inaguantable que lo remeció.

— ¿Qué pasó? —dijo volviendo a la realidad.

— ¿Está cansado?

—Muchacho, llega una edad donde uno siempre está cansado —dijo resignado —Creo que me iré a acostar un rato a mi habitación. Tú sigue mirando el partido —sentenció con voz casi apagada y se fue casi arrastrándose por el pasillo angosto hasta la cama de su habitación al final de este.

Recuerdo que me sentí incomodo. Estaba solo, en la casa de un desconocido y no le había avisado a nadie de mi paradero. Pensé solo en mi padre. Nunca querría que ella supiera donde estaba. Era casi un alivio.

Al cabo de media hora me aburrí de ver un partido al que no estaba poniendo atención y me puse de pie. Comencé a recorrer ese living comedor clásicamente decorado pero falto de calor de hogar. Me di cuenta que no había ninguna fotografía personal del viejo, de algún familiar o siquiera fotos antiguas. Y eso acrecentó el misterio que él me suponía.

— ¡Muchacho! —le escuché gritar de súbito —Ven acá a mi

habitación.

Al escuchar esa frase nada de nueva para mí, se me vinieron muchas cosas a la cabeza. Todas asociadas a ella. Y a mi silencio. Tuve deseos de correr y salir de esa casa desconocida pero pese al miedo familiar que comenzó a invadirme no lo hice. Y sentí que la última gota de curiosidad que tenía, debía ser saciada.

Caminé por ese oscuro pasillo sabiendo que algo pasaría. Algo que tantos años después no puedo ni quiero olvidar.

—Muchacho acércate, por favor —dijo al verme llegar bajo el umbral de la puerta.

El viejo estaba recostado en su cama de dos plazas y el cobertor verde agua con líneas azules. Su cabeza estaba apoyada sobre dos almohadas blancas, una encima de la otra. Su cara estaba descompuesta. Reflejaba algo que no había visto nunca a esa edad. Ahora sé que era desolación.

Me miró profundamente, estaba a punto de llorar. Sus ojos celestes parecían nublarse con algo y sus labios delgados y partidos se abrieron para decirme algo que no olvidé nunca.

—El truco está en no pensar que es tu culpa, muchacho. No lo fue, ni lo será. Y también en no quedarse callado. Habla. Eso rompe cualquier maleficio. —dijo con el tono más cercano que le pude escuchar. Esa frase la recuerdo tal cual fue dicha incluso con las cadencias de su voz al pronunciarla. También, que jamás me tocó físicamente pero bastó con ese consejo para llegar a lo más profundo de mí y marcar la persona en la que me convertiría. Lo miré con compasión porque pese a lo críptico de su frase, él y yo sabíamos su trascendencia.

— ¡Claudio! —era la voz desgarrada de mi papá. —¿Estás ahí? —venía de afuera y también se sentían otras voces que se le plegaban.

Miré a Don Segundo que no varió ni un ápice su expresión de sosiego ni movió su cuerpo tendido sobre la cama.

—Anda muchacho, deben estar preocupados.

Yo asentí poniéndome de pie con premura. Me asomé por la ventana del living mientras un relator de la TV vociferaba las jugadas asociadas entre un grupo de jugadores, y vi a mi papá y a mi madrastra junto a un grupo grande de vecinos que pude identificar con facilidad.

Salí y ante la cara de desesperación de mi padre abrí la maltrecha y

pesada reja.

—Estoy bien, papá —fue lo primero que se me ocurrió decir comenzando a sentir vergüenza frente al grupo de personas frente a mí.

— ¿Dónde está ese viejo degenerado? —gritó fuera de sus casillas mi madrastra y entró rauda a la casa seguida por el grupo de vecinos, mientras mi papá me abrazaba.

Adentro los gritos fueron ensordecedores y confusos, lo que si podía distinguir con claridad era que los guiaba ella. No tardaron mucho en llegar a su habitación.

— ¿Qué hiciste viejo asqueroso? —le escuché gritar a ella y acto seguido sentí golpes, garabatos y más gritos de todos.

Mi papá y yo entramos lo más rápido que pudimos.

Tres señoras, entre ellas mi madrastra, estaban golpeando a Don Segundo con las palmas de las manos por todos lados. En su cara huesuda, su estómago, sus brazos, etc. Los sonidos de los golpes eran atroces. Nunca había visto hasta ese día tal nivel de violencia. Él solo atinó a cubrirse como podía pero no se quejó en absoluto.

De improvisto, otro vecino se acercó rojo de la ira y lo tomó por la camisa y lo levantó de la cama de un solo tirón. Le lanzó garabatos que yo a esa edad ni conocía mientras las mujeres le seguían pegando. Eso fue demasiado para mí. Corrí y el pegué en el estómago al vecino lo más fuerte que pude logrando que soltara a Don Segundo que cayó como un saco de papas de vuelta a la cama.

—¡Déjenlo tranquilo, él no hizo nada! —grité angustiado.

—Hijo, está bien. No tienes por qué defenderlo o guardar silencio. Este viejo es un degenerado—clamó el vecino.

—Lo defiendo porque él no hizo nada malo.

— ¿Nada malo? —interrumpió mi madrastra —Este viejo es un abusador, un cerdo y se merece lo peor. ¿Qué te hizo, mi amor? ¿Qué te hizo?

Por un momento pensé en lo irónica de su actitud. Luego miré a Don Segundo tullido en su cama vuelta patas para arriba y decidí cambiarlo todo desde ese día.

—Él no me ha hecho nada. Pero tú sí. —dije mirándola con odio y rompí en un llanto incontrolable e infantil, uno que no había podido soltar

por años.

Ante la conmoción de todos y luego de que mi papá me consolara, conté la verdad delante de los presentes. Hablé de sus castigos, de sus juegos, de sus manos largas y ásperas y sus palabras agresivas dichas en susurros que quemaban mis oídos. Pude ver en mi padre la expresión de quien se derrumba sabiendo de alguna forma que su construcción siempre tuvo fallas. Y vi el comienzo de una indignación que con el tiempo tomaría ribetes dramáticos pero que al final resultó buena para todos.

Aún hoy, tantos años después, sospecho que todo fue preparado por Don segundo. La invitación a su casa, no avisarle a nadie, que se fuese recostar en su cama, sus palabras. A veces pienso que él lo necesitaba. Al tiempo nos enteramos todos que él había tenido las mismas degeneraciones que mi madrina conmigo, muchos años atrás con algunos niños, incluyendo a una del vecindario. Ella.

Él sabía lo que mi madrastra hacía porque él mismo lo originó. Quiero creer, después de tantos años de darle vuelta, que llegó a una edad en que buscó algo de redención después de sus propios pecados y tormentos. Nada borra ni debe borrar lo que hizo. Pero en su búsqueda me cambió la vida. Quiero creer que me engañó, que todo estaba armado en su cabeza, que quería dejarla en evidencia, sabía cómo hacerlo y lo consiguió.

Nunca más supe de él ya que se fue del barrio después de eso. Total, el truco había resultado.

FIN.